



Un criterio... ¿tan ingenuo?

Javier de Juan Blázquez

Resumen

En el presente texto se parte de la inicial estupefacción del autor ante criterios fenomenológicos de fin de análisis, supuestamente normativos y adaptativos como casarse y tener hijos. Partiendo del amar y trabajar freudiano, se pesquisan en profundidad las transformaciones metapsicológicas requeridas para el fin de la cura, enfatizando las modificaciones esperadas en el yo, superyó y ello, atendiendo a la patología contemporánea, esto es, a las estructuras no neuróticas, revisando el concepto de tercera tópica y de inconsciente originario. Un periplo por la génesis experiencial de dichas instancias y su relación a los vínculos con el otro nos llevará a reexaminar los criterios fenomenológicos, otorgándoles substrato metapsicológico, entrando en consideraciones sobre la especificidad del psicoanálisis y sus límites.

Andávame yo, joven psicoanalista asaz sorprendido cuando, concurriendo a foros psicoanalíticos, escuchara consideraciones de añosos colegas que juzgaban exitosa una cura, ateniéndose a criterios formales como, por ejemplo, si su paciente había logrado casarse y tener prole. Criterio fenomenológico que parecíame harto ingenuo y despojado de toda perspectiva metapsicológica, descontentándome yo de lo que se me antojaba un aserto fáctico y normativo, quizás adaptativo y basado en observables.

Tampoco andaba yo muy feliz con el apotegma freudiano del restablecer la capacidad de amar y trabajar, *dictum* este que hoy, por el contrario, se me aparece como pletórico de sabiduría y sobria sencillez

Con el correr de los tiempos, la acumulada experiencia psicoanalítica ha ensombrecido mi vehemente, juvenil, desprecio sobre tales pareceres. De ello he de recorrer, si ustedes gustan en acompañarme, un cierto periplo sobre los vericuetos metapsicológicos de los objetivos o metas de la cura para reencontrar finalmente la inocencia o no de los

mentados supuestos, esto es, de los decires sobre casamiento y procreación.

La metapsicología de la cura clásica perseguía cambios estructurales en segunda tópica, esto es, transformaciones en el ello, yo y superyó. Hoy día, a más, traemos una cura rearrreglada, adaptada en todo a la patología contemporánea, a las organizaciones no neuróticas, lo que nos impondrá no perder de vista la tercera tópica que, avistamos y que reclama mudanzas singulares, en la vía de la integración de escisiones y levantamiento de renegaciones, restableciendo la función sintética del yo. Integración de experiencias en la arena transfero-contratransferencial que debe extraer sentido y dar figuración a esto escindido que no fuera especularizado ni editado como representación de cosa, lo que no hizo pasaje por la castración (en el sentido óptico, lacaniano del término). Lo no simbolizado de lo real puro, cabe decir, los trazos perceptivos y sensoriomotores, los elementos beta cosa-en-sí-misma, cruda experiencia sensorial y protoemocional, significantes enigmáticos que exigen ser realizados como representaciones de cosa, creando ideogramas, elementos alfa, bajo la égida de pictogramas de unión que permitan su almacenamiento e inscripción para las figuraciones oníricas y sus derivados de pensamiento vigil. Simbolización, en la transferencia, de esos quistes inmentalizados. A ello volveremos.

Clásicamente, la mudanza estructural auspiciaba fortalecer el yo, así restituírle las energías que dilapidaba en sus operaciones de contrainvestimento y represión, enriqueciéndolo económicamente.

Igualmente se requería benignizar y hacer protector al superyó cruel, templando y morigerando la desmesura de las exigencias ideal-yoicas. Logrando, al alimón, favorecer buenas aleaciones e intrincaciones en ese caótico ello, antaño considerado como alacena y marmita de excitaciones y mociones pulsionales que, debían representarse, virando la fuerza en sentido, bajo cobijo del principio del placer que, debía domar las excitaciones pulsionalizándolas, ayudado en su



domeñamiento por la retención masoquista erógena, germen de coexcitación sexual de vida.

Si pensamos un yo fuerte, coherente y cohesivo, adalid de la economía narcisista, no nos viene a las mientes el yo hartmaniano, con su área libre de conflictos, y su esfera de autonomía progresiva, preñado de energías neutralizadas en las que abreva y, en todo, homeostásico y adaptado a la realidad. Es que este yo lo vemos cercano al yo operatorio del psicósomático, cortado de las raíces del inconsciente, incomunicado a lo infantil, esto sí, muy apegado a la realidad sensorial, parco en afectos. Es un yo cognitivo y perceptivo-sensorial que carece de la libidización de sus funciones, de su objetualización: no hay fantasma kleiniano que salpimente, imaginando sus funciones defensivas. Un yo coherente, generativo en sus funciones, debe nutrirse de la energía libidinal narcisista que atesora el *self* o, si se quiere, el *soi*, ser o sujeto. Es que nos encontramos y, eso no carece de originalidad, frente a una instancia muy mal definida. No es el mismo *self* el de Winnicott, Kohut, Grumberger, Kestemberg, Fairbain, Guntrip o Pontalis, por mencionar a algunos. Cada autor lo modela a su propio sentimiento subjetivo de sí. En lo que a nosotros se refiere, lo vemos cercano al yendo a ser, al sentimiento de existencia.

Con Pontalis (1977) lo atribuimos a las complejidades del yo freudiano (yo corporal, percepción conciencia del mundo exterior, ya diferenciación del ello, ya precipitado de identificaciones), nosotros pensamos un *self* como pre-yo, a falta de sus funciones, barruntamos el *self* como aspecto pasivo del yo, el yo como objeto y reservorio de investiduras, almacigo de la economía narcisista de vida que asegura el sentimiento de sí, el placer de existir en un cosmos de objetos que, si le fallan, deviene *self* grandioso, «*his majesty*» que, arraiga en la caracteropatía de arrogancia.

Contrariamente, el *self* placiente y bien alimentado energéticamente por la respuesta del otro, se realiza como sujeto del inconsciente que lo embebe y presta investidura a las funciones y proceder del yo que, ni alienado ni imaginario, pese a Rimbaud y Flaubert («yo soy el otro», «Madame Bovary soy yo»). Un yo coherente se enraiza en las experiencias que generan el yo piel (Anzieu, 1994; Bick, 1968), primer yo corporal y exoesqueleto a introyectar, producto de las identificaciones adhesivas exitosas a la piel de la madre continente que aportó las diversas envolturas sensoriales cuya apropiación subjetiva aseguró una piel psíquica, bastión de continencia y de una buena corteza de paraexcitaciones frente a la efracción de

excitaciones externas. Las endógenas serán lidiadas por simbolizaciones e identificaciones ligantes, manadas del apoyo de la devoción primaria del otro que, prestándose como yo auxiliar, prefigura y representa en su mente un yo por advenir. Todo ello no es ajeno a la genesis del cuerpo erógeno y sus zonas de privilegio, cuerpo investido en el vínculo, produciéndose como imagen corporal cohesiva argamasada en narcisismo de vida, cuya patología la traen los estados del *self* fragmentado o sobreinvestido bajo elaboración hipocondríaca.

Aquí yace el trabajo de metabolización de los procesos corporales (Ferrari, 2004), según la vía de sensaciones y excitaciones que arribará a inscripciones representacionales y pensamientos. El pensamiento nace de la experiencia del cuerpo y sus emociones. Las fracturas en la constitución del cuerpo erógeno legan zonas de fragilidad, fracasos, nacidos de la hostilidad del otro hacia las zonas que reactivan un sexual infantil insoportable y que así, restarán lacunares, partes no nacidas del *self* o zona-objeto mutilado por no investido o bajo un pictograma de arrancamiento por separación precoz. Estas zonas abortadas dejan trazos muy primitivos, sensorialidades no gobernables, constituyendo un inconsciente amencial (Dejours, 2001; 2005) escindido del inconsciente representacional reprimido que, en su tráfigo de intercambios, por vía onírica, le presta representaciones anímicas para figurar lo económico y sensorio-perceptivo del primero.

El inconsciente sexual reprimido, si su membrana es permeable, está en intensa comunicación con el preconscious que, ligando cosa y palabra, permite una palabra plena. En modo diverso el inconsciente amencial no comercia con el preconscious, sus trazos perceptivos y huellas no gobernadas y en sufrimiento de integración, restan sólo protegidas del impacto del mundo exterior, del otro, por una más o menos gruesa capa de producciones conscientes y perceptivas, película de aprendizajes cognitivos, clichés de pensamiento operatorio que, se abren al *socius* en demanda de ideologías, de esquemas narrativos emanados del imaginario grupal que protejan la franja de sensibilidad a unas excitaciones no tamizadas por el preconscious.

Contrariamente ese sujeto-yo debe dotarse de un preconscious, capa cortical abroquelada en un núcleo de sentimiento de existir, *soi* falicizado, ser subjetivante que hace al cuerpo imaginario del neurótico tan distinto del cuerpo real del psicósomático. Así pues, este yo subjetivo y subjetivante nutre de energía y libidinizas las

funciones yoicas que, en la senda del proceder psicoanalítico, se verán complejizadas y substanciadas por la identificación simbólica a las funciones mentales del psicoanalista que no a su yo fuerte imaginario. Funciones, decíamos, y a beneficio de inventario, partamos de la de historiador (Aulagnier, 1975; 1984). El yo debe historizar en modo que le sea inteligible y asimilable todo lo que se inscribiera antes de su advenimiento, derrumbes incluidos. De esta guisa, deviene traductor de las trazas sensoriomotoras y protoafectivas, signos de percepción a mudar en representaciones de cosa, apoyándose en la *rêverie* del otro y, gracias al juego en simbolización primaria cuyo paradigma es el medio maleable (Roussillon, 1999; 2001; 2008) agua, plastilina y objetos informes a los que se les puede dar una forma. Figuración y modelado en el juego que, desplegado en sus escenificaciones, será introyectado, apropiando subjetivamente la materia psíquica primera del sí mismo. Sujeto en ciernes que encontrará su eco en el otro traductor, en el afecto compartido que vehicula la relación homosexual primaria en doble. Con el surcar del tiempo, en fases de retención anal, retención de objetos internos, la representación de cosa se ligará a la representación de palabra en simbolización secundaria.

Tenemos, pues, un yo traductor e historiador, un yo de notación y almacenaje, un yo capaz de investidura de atención, interés libidinal envión del ello, interés expansionándose al mundo (lo opuesto lo vemos en la fragmentación y desmantelamiento autista al suspender la catexis de atención unificante o en la desmesura de excitaciones en los hiperactivos). En esa vía la excitación del ello debe mudarse, por interpósitas representaciones del yo inconsciente, en investiduras de atención. Es que el ello contiene en sí un inmenso poder alucinatorio en modo que, siguiendo sus transformaciones podemos decir que una buena atención y percepción viene dotada de un *quantum* alucinatorio de vida (Lavallo, 1999), esto es, lo que da el aura de brillo, vitalidad y cromatismo a la percepción que, opuestamente, se realiza como *quantum* alucinatorio de muerte en el psicósomático cuya percepción es plana, descolorida y amortecida, en un estado mental bidimensional.

Es necesario, empero, que opere el *quantum* alucinatorio de muerte para asegurar la alucinación negativa del objeto que, Green (2005; 2006) considera necesaria en aras a la formación de un encuadramiento, de una pantalla blanca como superficie de inscripción de las huellas de los indicios del otro, en su ausencia. Restar solo con sus

trazos mnésicos, solo frente a la pulsión en presencia de un otro no intrusivo. Un yo suficientemente fiable debe ejercer discernimiento entre la proyección saludable y la percepción, entre representación y percepción, entre adentro y afuera. Es que hoy sabemos, gracias a los neurocientíficos que la percepción es asaz activa. El cerebro descompone el percepto según forma color, etc. y los sintetiza representativamente, confirmándonos que el aparato del alma sólo trabaja con representaciones.

Siguiendo nuestros linderos yoicos, le hemos de atribuir gobierno al acceso a la vía motriz, vale decir, a las descargas, según el principio de realidad, motricidad que no debe ser usada en modo autocalmante, evacuando las excitaciones indiferenciadas como elementos beta, tampoco, descarga en alucinosis por sobreinvestidura de la huella perceptiva. De este jaez, el yo-sujeto es sede del juicio de atribución (placer-displacer, bueno-malo) que lo preserva de las angustias confusionales frente a la invasión excitante del objeto malo. También, sede del juicio de existencia que implementa la identidad de pensamiento cuya vía larga de investidura de pequeñas cantidades, discrimina el pensamiento de la percepción y de la sobreinvestidura alucinatoria de los trazos de ésta, sentando prueba de realidad. Este bien amado yo, se hará valedor de la represión que conserva adentro lo ya simbolizado que empuja retornos de lo reprimido en las formaciones del inconsciente (lapsus, chistes, sueños, transacciones sintomáticas bien temperadas). La denegación deberá abrirse vía substituyendo a la renegación amputante que escinde el yo sumiéndolo en una bi-lógica aprestada al pensamiento paradójal.

Un yo integrador y sintético que debe traducir los mensajes enigmáticos y fantasmas inconscientes, los significantes que implantara el otro adulto: reversión del flujo de identificaciones proyectivas que, intraducidas hacen al inconsciente enclavado que se reactivará en la asimetría transferencial. Yo sublimatorio que se vale de los autoerotismos de vida para el placer de simbolizar. Necesita a ello una metarrepresentación, representarse que el yo representa y así no confunde la representación fantasmática con la acción. Cosa que el psicótico hace. Éste sufre de no diferenciar entre fantasma y acción propia de aquellas del semejante, a falta de instaurar una imagen especular propia, efectos, de las neuronas espejo, transitivismo que Freud ya advirtiera en su complejo del semejante. La acción del otro es vivida como propia en el alienado y en

el niño muy pequeño, germen de lo cómico imaginario futuro.

Perseguimos un yo capaz de jugar y así de sublimar, en algunos artistas, generalmente, dotados para sublimaciones de excepción, avistaremos una compulsión y urgencia vitalicia a crear y es que les va la vida, perentoreidad de figurar y evacuar, más o menos secundarizadamente, el retorno de lo escindido, las huellas ingobernables no ligadas, los trazos de traumas prelingüajeros. *Shyntome* y elaboración creativa de la invasión por la parte psicótica, núcleo aglutinado de trazas perceptivas, quiasma entre sucumbir a la psicosis o crear, extrayendo figuraciones de los traumas arcaicos escindidos.

Sin dejar de lado al yo, viemos al ello, el abismo de lo infinito informe (Grotstein, 1981; 2000; 2007), cuéncavo de las excitaciones corporales a apropiarse subjetivamente, a simbolizar y ligar, trabajo, a más, de intrincación si es que queremos que la excitación devenga moción pulsional en busca de su representante, realización en la experiencia de la preconcepción, acopiando experiencia viva para las categorías de los fantasmas originarios. Aquí, lo fundamental, es el eros ligante, mentor de la urdimbre de tejido sexual unitivo que construye inconsciente libidinal reprimido.

Apelaremos a esa argamasa libidinal conjuntiva cuando la tarea analítica exija desligar, cuestionando las falsas ligazones, en pos de religazones. Requerimos un monto de tono libidinal de base, de capacidad de vincular. Si no es el caso, las desligazones se producen como ataques al vínculo, a riesgo de descualificación y degradación de la energía pulsional abocada a pura excitación que atesora la pulsión de muerte. Desorganización progresiva y degenerescencia del elemento alfa en beta. La empatía del otro ayuda a cualificar en emociones y sentimientos toda vez más matizados los *quantums* energéticos que desbordan. A mayor cualificación más complejidad y mudanza de fuerza en sentido, simbolizando lo económico. La trayectoria de las cadenas representacionales neutralizan la vehemencia demoníaca de la pulsión. Los restos por traducir y simbolizar encontrarán su óptimo exutorio, si el yo está genitalizado, en la realización orgásmica que exige un yo de límites flexibles, capaz de acoger montos de excitación nutriente que intrincan las dos pulsiones, pequeña muerte que enriquece al yo si es que no se siente desbordado y aterrorizado de la disolución en el otro. Descarga orgásmica que no deja huella cargada y que, por ende, reclamará repetirse, realizando en el cuerpo del otro-sujeto los fantasmas inconscientes

más arcanos. Es que este yo nuestro va de lo más inconsciente a lo preconscious, espacio psíquico éste que debemos expandir al máximo en tanto ligante de palabras y cosas, apuntalado en la perlaboración de las defensas anales que le brindan retención, demora y organización.

El yo-sujeto del que venimos disertando dialoga y requiere de su objeto interno, representación de objeto, fruto de las experiencias habidas con los objetos transformacionales y transicionales que, alterizando del otro, cooptan introyectivamente un objeto interno en función continente, sostén del ser que labró sus orígenes en los autoerotismos secundarios que presentificaban en su huella la ausencia del otro, experiencia de satisfacción y objeto fantasmático de la satisfacción sexual, ya apoyado sensorialmente por la succión del pulgar que presta autonomía. En cualquier caso, ese objeto autoerótico se irá gestando en el ámbito del apego autoconservador como espacio-objeto tridimensional contenedor que, como émulo del otro externo, se aviene a cobijar y dar sentido a las experiencias emocionales y movimientos pulsionales. Espacio mental continente que permite el pensar, esto es, recortar, unir y separar, discriminar, asimetrizar las totalidades de un inconsciente primigenio (Matte Blanco, 1988) por definición infinito y tendente a simetrizar las infinitas categorías y clases de la mente, sin contradicción ni temporalidad, condensa y simetriza todas las categorías, yendo a simetrizar el todo y la nada, epitomizamos, la representación de cualquier mujer se confunde con la madre y el pecho. Vamos en pos de ampliar el preconscious flexibilizando la barrera de su censura con el inconsciente sexual y reprimido, así asegurando la primacía de la parte neurótica. De esa laya, el inconsciente sexual reprimido que solicitado por el trabajo del sueño acoja y dé figura a las trazas del inconsciente escindido, amencial y económico.

Por otro lado, la experiencia analítica benignizará las *imago*s proyectadas, restaurando (Luquet, 2002) las terroríficas *imago*s arcaicas. Atendemos a un yo flexible, capaz de regresiones generativas y figuraciones regredientes, ajeno al narcisismo fálico que reniega toda satisfacción pasiva, enrocado en su progredencia ante el pánico de pasivación, terror a un derrumbe que le ubicó bajo la *emprise* alienante del otro, su tiranía. El yo ha de tolerar las regresiones creativas discurriendo por el vivido de vacío, así capaz de enfermar por regresión que no por desorganización progresiva desmentalizante, cimentado en un buen *self*

inmunitario que discierna yo de no-yo (el autista encapsulado no enferma).

Invocamos un yo genital postedípico que perlaboró las impaciencias y voracidades del yo oral (toda pulsión no domada y narcisizada es ávida) así como las relaciones de objeto pregenitales (Bouvet, 1985; 2007), pudiendo experimentar con serena plenitud la alteridad del otro, afuera de su control omnipotente y sujeto de su propio deseo, ya no será jamás una extensión narcisista de sí. Traemos la primacía del atractor edípico, la edipificación, núcleo interno dador de sentido y escriba de las reordenaciones y resignificaciones *après-coup*, sólo lo escindido no se resignifica. El edipo nunca se sepulta, como decía Freud (1924), sólo se reprime y ahí actúa como bloque organizador, llave de una represión flexible y del acceso a un superyó post-edípico. En su inserción en un registro de principio del placer-realidad, la compulsión repetitiva, lo que está en sufrimiento de ser simbolizado, se abrió al placer de la diferencia, hendiendo a muerte el monismo fálico, la digitalización de fálico-castrado. Relación de objeto genital que permite apertura a nuevos vínculos nutrientes, relaciones de compromiso no contractuales —que diría Meltzer (1974)— exentas de superficialidad.

El yo está en contacto consigo y con el otro, sujetivó su inconsciente despegándose de la percepción viscosa y adhesiva de la sensorialidad, penetrando el misterio de la belleza y agradecido al mundo y los otros por ésta. Ya no vive en un mundo de sensaciones empero de emocionalidad plena y ama, odia y conoce lo que mantiene la savia de la vida. En su trayecto psicoanalítico, este yo tendrá que desidentificarse (Greenson, 2002) y perlaborar las identificaciones alienantes, las masivas (Shafer, 1982) y traducir lo insimbolizado de las criptas transgeneracionales, relegando el niño maravilloso, el yo de placer purificado que hace al yo ideal, yo imaginario especular de la completud, desgarrándose de la realidad narcisista y de su autotomía (Grotstein, 1981; 2000) o culpabilidad originaria que le hizo sentirse creador del mundo, autoatribuyéndose los desfallecimientos del entorno.

El yo sintético y su tronco central mental (Marty, 1976) debe integrar sus dinamismos laterales, los fueros arcaicos que lo habitan y no son inteligibles como cosa y palabra. Un yo corajudo en enfrentar la pulsión, no obstante precavido y cauto frente a la inquietud que destila la señal de angustia que se apropió como tal, venciendo el desamparo. Las agonías catastróficas, las angustias psicóticas que, reexperimentadas en la transferencia, se

benignizaron, resimbolizándose como angustias de castración-penetración.

Yo ritmado por el acaecer sueño-vigilia, aprestado a la figuración regrediente metabolizadora del trauma temprano activado en la vigilia por el resto diurno, recreando y relanzando circuitos de deseo, de memoria y de significado que, permitan traer a sí y acoger, ganándole terreno al inconsciente amencial, a lo real. Al expandir el inconsciente sexual contiene en sí los trazos perceptivos del trauma narcisístico, intrincando las desligazones de la pulsión de destrucción, amplificando la capacidad de *rêverie* diurna. El yo es coetáneo a los precursores superyoicos, ¡*che vuoi!* en Lacan.

El superyó en la regresión transferencial se repersonaliza, vibrante su voz en *imagos* y significantes que transitan la experiencia del otro psicoanalista que lo desintoxicará. Identificación a la función de superyó protector del analista, a la pareja parental combinada en su mente. El superyó devendrá colaborador, subsumiéndose en la función ética del yo. La experiencia transformó el superyó destructor del yo que es pura pulsión de muerte vuelta contra sí a falta de figuraciones desintoxicantes por la falla de reverización en alfa, y a falta de un masoquismo erógeno ligante, la pulsión de destrucción orientada a sí, se realiza como objeto bizarro o significativo enigmático de muerte que, requiere figuración imagónica o se evacúa vaciando la mente. Cerca estamos del superyó obsceno y feroz que pide transmutación como ley del padre, edipificando el mandato a gozar gracias al tabú del incesto y la exogamia. Es que el superyó profundamente inconsciente traza oleoducto con el ello, moción furibunda que tiene que figurarse, aunque más no sea en alguna prohibición o norma instilada por un otro, pasaje objetal a introyectar que demanda al yo y su metarepresentación que le auxilie, aún preconscientemente, en discenir la fantasía inconsciente de la acción en la realidad anímica.

Gustemos, pues, de un superyó postedípico no sin negar que el edipo freudiano es una progresión del arcaico (posición depresiva, angustia del octavo mes, censura de la amante, medio cultural organizado edípicamente al que es arrojado el *infans* y donde tiene ya un lugar asignado). Igualmente y, siguiendo estos lineamientos, el yo ideal fusional ha de objetalizarse, pasar por la castración, encarnándose como ideal del yo en las figuras parentales de las que deberá desprenderse con el correr de la adolescencia, forjando nuevos ideales y valores, toda vez más impersonalizados, reteniendo y desechando, transformando en su lenguaje

pulsional los transmitidos por los padres, construyendo así un proyecto identificatorio que, hartas ocasiones demandará la experiencia de la transferencia para que el ideal del yo sea humanizado, morigerado y suavizado, yendo, en cualquier caso, a motorizar un trabajo de cultura sobre la pulsión que deberá encontrar sus vías de satisfacción substitutiva. Este yo bien asentado con su superyó y sus paraexcitaciones podrá abandonarse al dormir, entregarse con goce a Morfeo, permitirse en sueño y vigilia la satisfacción de pulsiones disfrazadas en transacciones sintomáticas que dan calor y color a la densidad de la vida del alma, lejos ya de las corazas de carácter y sus rasgos que hielan el conflicto, manteniendo los afectos petrificados.

Un yo así debe tolerar el sufrimiento sin evacuarlo, hacer duelos sin identificaciones narcisistas melancólicas, afecto al juego adulto y al autoanálisis, implementando la función psicoanalítica de la personalidad, sofisticación del común teorizar sexual infantil sobre las causas del goce y del sufrimiento. Un yo dotado de humor y que permite, por ende, la infiltración nutricia del proceso primario en los procesos secundarios, así, sujeto de su inconsciente que vitaliciamente tratará de subjetivar, rico en investiduras de objetos. La angustia señal lo protegerá de desbordes de pasión, tolerando el vacío previo al acaecer creativo, así, la falta, la incompletud narcisista que el ideal del yo restaña, transfiere lo imaginario de las fantasías inconscientes arcaicas a representaciones simbólicas ligadas al aparato del lenguaje. La parte psicótica o núcleo aglutinado, indiscriminación sí-otro y pantalla de elementos beta protoemocionales y sensoriales, se lidiarán en actividades creativas.

Parte del ello y del inconsciente originario halló su mudanza en inconsciente sexual reprimido, dada la capacidad yoica de calificar lo protoemocional, los componentes somáticos del afecto en compuestos emocionales y elementos alfa aptos a pensamientos oníricos y representaciones poéticas, extrayendo nuevas ligaduras y simbolizaciones de la experiencia emocional que afinan el placer de pensar, alimentado por los autoerotismos de vida.

Tras este arduo periplo recalamos en el aforismo de Freud: amar y trabajar. ¿Es que esto es posible sin las condiciones metapsicológicas indicadas? No es algo baladí la capacidad de amar, de amar bien. Los estasis narcisísticos defensivos impiden enamorarse. La elación narcisista despoja al yo restado a merced de pulsión.

El narcisismo y la representación son los continentes de la pulsión, es menester seguridad

narcisista para enamorarse, que no es sobreidealización fatua, se necesita una saludable proyección de buenas *imago*s, ya ideal del yo en sobreestimación del ideal amoroso y sexual o agalma. El compromiso estable, implica un yo individuado cognosciente y respetuoso de la alteridad, investidura del objeto como otro sujeto deseante. La relación de objeto genital impone la capacidad y tolerancia orgásmica, la disolución pasajera de fronteras.

El trabajo, en su jaez sublimatoria excorpara en el mundo la capacidad de trabajo psíquico, trabajo de sublimación pulsional y vocación pulsional, según la historia infantil, la calidad del rehallazgo, de la elección de objeto no es un en sí, no vienen dadas. Un matrimonio suficientemente bueno, impone una catexis constante amorosa y sexual, implica un compuesto de excelencias y calidades psíquicas. En la adolescencia se trabajó el encuentro entre el instinto genital puberal y las facilitaciones dejadas por la sexualidad infantil autoerótica y no orgásmica, más placer de excitación que de descarga, implantando su expresión en los placeres preliminares, el autoerotismo restante se hará placer de funcionamiento, así en el laborar, e-laborar. El matrimonio y la sexualidad adulta demandan un resignar adolescente, de sus sexualidades narcisistas y sus envolturas grupales, renunciar, también, al siempre anhelado objeto primario de satisfacción alucinatoria en tesitura de reconocimiento y consideración al otro, ni protésico ni funcional, no garante de la integridad del yo.

Esto supone una fase de inquietud, preocupación Winnicotiana por el estado del otro, que no alienación en sus humores, el cuidado del objeto pasa por el cuidado de sí, ser buena madre para sí, sensible a la señal de culpabilidad que resulta trófica. Uno se casa siempre con la misma mujer, decía Etchegoyen en una entrevista, lejos del anima arquetípica jungiana, eso es así, si uno está del todo crecido, la maduración aúna calidad en la elección de objeto, cuestión de bonificación de *imago*s. La convivencia cotidiana impone sublimar los sado-masoquismos y estar presto al duelo de las diferentes fases de la vida, envejecer y crecer juntos. Casarse es hacer público, inscribirse en el registro civil, no de hurtadillas, como tomar el lugar de los padres de afuera, pasar por su cadáver, conservando los de adentro, como superyó-ideal, pareja fecundante y creativa, que instile una sexualidad introyectiva, saliendo de la proyectiva alcoba de los padres, el posicionamiento en la escena primaria ajena.

Cuando pensamos en la fertilidad no dejamos de considerarla psicógena, así la capacidad de una buena parentalidad que exige representarse el hijo y hacerle sitio, resignando el narcisismo primario y la indolencia, abriendo la capacidad de contener y preocuparse por otro. La responsabilidad prima sobre la culpabilidad. Las esterilidades en la mujer, muy dependientes del posicionamiento y los conflictos a la *imago* materna y a los deseos de recibir un hijo del padre, otras veces, veremos, como ya atisbó Lorca en Yerma, que el marido, pasivo y pueril, es vivido como bebé, incapaz de función paterna, de contener a la madre-mujer para que sostenga su cría. La procreación creativa salda la deuda a los ancestros y proyecta en el devenir la filiación de la línea de parentesco, preservando la especie y elaborando la inmortalidad del yo narcisista. La familia compartirá un patrimonio identificatorio y un capital narcisista. Todo ello, cuanto menos, supone la perlaboración de la posición depresiva-estadio especular y la edipificación y apertura a la exogamia por vía de asimilación de la diferencia entre sexos y generaciones. Intimidad y mutualidad, sólo lograda, en el pleno vivir la alteridad y la diferencia del otro que no puede ser moldeado a la propia alucinación optativa, aceptar al otro y gozarlo, sin acomodarlo en identidad de percepción a la propia *imago*.

Hay que mantener un nivel de ambivalencia óptimo y un resentimiento edípico vivo para sostener en el tiempo la excitación sexual (Stoller, 1975; 1984). El *partenaire*, a veces cosificado y tratado como objeto parcial en la cópula, bajo envoltura de amor, permitirá la realización de las fantasías inconscientes más arcaicas. Un otro estable que permita resignar el narcisismo fálico brindando, en el placer compartido, sublimación a las homosexualidades ya muy investidas en los lazos sociales y los ideales, la permanencia del otro y el lazo estable, escanciado por la presencia-ausencia, implica elaborar las ansiedades claustro-agorafóbicas, sosteniendo un talante creativo continuo, apoyado en la pulsión de verdad (Grotstein, 1981; 2000; 2007) que es conocer algo nuevo que se reverbera en el crecimiento psíquico del otro y en la belleza de su mundo interno. Además, no es cosa futil llevar un buen embarazo a término, la capacidad retentiva debe prevalecer sobre la expulsiva, acoger y gestar un no-yo en el yo corporal exige de la psicoimmunología, también, del espacio mental para representar al *infans* y disponibilidad del funcionamiento anímico para la gestación extrauterina, el *claustrum* post-natal requerido por la creatura.

Ya no me parece tan ingenua y falaz la fenomenología, siempre y cuando, claro está hablemos de elecciones de objeto de calidad y de maternajes y paternajes suficientemente buenos. Es que la pareja amorosa y erótica junto a sus vástagos implica tal número de realizaciones psíquicas a nivel elloico, yoico y superyoico, tanto como la capacidad de trabajar con goce. Esto lo da a ver la experiencia clínica cotidiana, donde tantos pacientes yacen atrapados en conflictos de relacionalidad y en trastornos sexuales, ora en pseudo-matrimonios contractuales surcados de constelaciones sado-masoquistas o narcisistas, donde el ligamen es un andamiaje simbiótico para mantener la integridad del yo y su incapacidad de estar solo consigo mismo, con sus objetos internos y sus capacidades fantasmático-representacionales, donde se ejerce la perversión moral y los hijos se apropian narcisísticamente.

Ya no me parece un dato de experiencia tan convencional o normativo. En cualquier modo, el análisis no es omnipotente y dichos logros dependerán del estado pulsional y la historia infantil, el pasado reminiscente que traiga el paciente, así de su deseo y fantasma fundamental, nunca hay que adoctrinar, empero, si apuntar a la plena realización de las potencialidades pulsionales... un llegar a ser lo que uno puede ser, atendiendo, en todo, a la específica singularidad de todo sujeto, su originalidad. El psicoanálisis no ha de ser adaptativo ni normativo, no obstante lo cual uno se rinde ante la belleza de la pareja heterosexual realizada.

No debemos permanecer ignorantes de que toda metapsicología contiene en sí un modelo ideal, algo de normativo como punto de referencia. Unos adherirán a la genitalidad y la relación de objeto genital, otros a la capacidad de juego y sublimación ora a los pasajes y reflujos entre posición esquizoparanoide y posición depresiva, ora a la integración del *self*, ya perlaboración edípica, ya capacidad de soñar y contener y dar sentido a la experiencia, ya autoanálisis dado lo interminable de aquél, ya pasaje de lo imaginario a simbólico, ya de-ser y atravesamiento del fantasma, renuncia a las identificaciones imaginarias y pasaje por la castración o discriminación sí-otro, etc.

Cada metapsicología, pues, contiene un ideal del yo al que se adhiere el analista, según la especificidad de sus teorías sexuales infantiles, en verdad, siempre hay un retorno de lo reprimido de lo que se quiere expurgar. Así en los lacanianos antinormativos y valedores del saber y verdad del propio inconsciente que suponen al analista como mero escriba, un muerto, al que se le atribuye un

supuesto saber, empero retorna como amo arbitrario, poderoso y omnisciente detentador de la escansión, del corte de sesión. Se huye de lo normativo y lo imaginario pero ello no obsta al lazo grupal que se produce en las abigarradas salas de espera, donde el grupo fraterno, sujeto a la escansión, recrea toda suerte de lazos imaginarios con el ideal del yo que su analista encarna, fluyendo transferencias a la teoría, sostén del masoquismo, que exige enrolarse en una causa y propalar la buena nueva, esplendentes por la purificación que el didáctico insufla. Todo ello, en contexto de promiscuidad donde el propio analista es, a la vez, supervisor y formador, red relacional necesaria para autorizarse cuando uno no es psicópata y se autoriza todo.

Del otro lado, tenemos a los kleinianos adalides y mentores de la ortodoxia más estricta; bajo su *setting* de cinco sesiones que opera como envoltura paraexcitante óptima, las traducciones simultáneas, las largas interpretaciones explicativas, el centraje en el manifiesto del sueño... ¿no son formas de psicoterapia? No prima más la psicósíntesis y la ligadura que el análisis y las deconstrucciones por vía de asociación libre, dejando el tempo necesario para experimentar una transferencia sentida, y así con las separaciones que no deben saturarse precozmente por vía de inyección interpretativa. Así cuidan un certero diferenciar entre psicoterapia y análisis que, empero, obviamente existe, se están virando al apego, a lo interpersonal y a las neurociencias: formas de desexualización y de despulsionalización.

Para finar el largo periplo, concluiremos con los límites que tiene el análisis; con un paciente alérgico a lo mejor sólo logramos construir una neurosis fóbica, un gran logro si se trata de un fetichista; con un esquizofrénico quizás sólo logremos expandir su parte neurótica o lo que es mucho, construir obsesionalidad, algo frecuente en los que emergen del vacío psíquico de las toxicomanías. Otras veces trataremos de histerizar a un caracterial o a un fronterizo o mudar en neurosis obsesiva una caracteropatía narcisista o un postautista. Con una anoréxica acaso sólo logremos una organización fálico-narcisista, etc. Es que los fines del análisis se reescribirán según las peripecias transferenciales de cada historia pulsional dada.

Javier de Juan Blázquez
C/ Aragó 239, 6º 3ª
08007 Barcelona
Tel. 93-215.40.46
javierd.juan@gmail.com

Bibliografía

- AULAGNIER, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- AULAGNIER, P. (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ANZIEU, D. (1994). *Le pense, du moi-peau au moi penseant*. París: Dunod.
- BICK, E. (1968). The experience of skin in early object relations. *International Journal of Psychoanalysis*. Número 49.
- BOUVET, M. (1985). *La relation d'objet*. París: Payot
- BOUVET, M. (2007). *La cure psychoanalytique classique*. París: Le fil rouge PUF.
- DE JUAN, J. (2007). *De la mudanza de la angustia psicótica en señal de angustia*. Barcelona: Gradiva. [Aún no publicado]
- DE JUAN, J. (2009). Variaciones sobre un tema de psicoterapia y/o psicoanálisis. El trauma de la sesión semanal única. *Revista Intercambios*, núm. 23.
- DEJOURS, C. (2001). *Le corps, d'abord*. París: Payot.
- DEJOURS, C. (2005). *Psychopatologie de l'expérience du corps*. París. Donod.
- FERRARI, A.B. (2004). *From the eclipse of the body to the dawn of thought*. London: Free Association Books.
- FREUD, S. (1892-1899). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. Obras completas. Tomo I. Amorrortu Ed.
- FREUD, S. (1895). *Proyecto de psicología para neurólogos*. Obras completas. Tomo I. Amorrortu Ed.
- FREUD, S. (1914). *Introducción al narcisismo*. Obras completas. Tomo XII. Amorrortu Ed.
- FREUD, S. (1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis: la terapia analítica (28 conferencia)*. Obras completas. Tomo XVI. Amorrortu Ed.
- FREUD, S. (1923). *El yo y el ello*. Obras completas. Amorrortu Ed.
- FREUD, S. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. O.C. Tomo XIX. Amorrortu.
- GREEN, A. (2005). *Le travail du psychanalyste en psychoterapie*. París: Dunod.
- GREEN, A. (2006). *Les voies nouvelles de la thérapieutique psychoanalytique*. París: PUF.
- GREENSON, R. (1968) *The Gender Gonundrum*. London: Routledge.
- GROTSTEIN, J. (1981). *Do I dare disturb the universe?* London: Karnac.
- GROSTSTEIN, J. (2000). *Who is the dreamer who dreams the dream?* London: The Analytic Press.
- GROTSTEIN, J. (2007). *A beam of intense darkness*. London: Karnac.
- GRUMBERGER, B (1997). *El narcisismo*. Buenos Aires: Trieb.
- HARTMANN. (1978). *Ensayos sobre psicología del yo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KESTEMBERG, E. (2001). *La psychose froide*. París: PUF.
- KOHUT, H. (1987). *El análisis del self*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LACAN, J. (1959-1960). Seminario 7. *La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1971). *Escritos 1 y 2*. Barcelona: Siglo XXI.
- LAVALLE, G. (1999). *La envoltura visual del yo*. Barcelona: Gedisa.



- LUQUET, P. (2002). *Les Identifications*. París: Le fill rouge.
- LUQUET, P. (2002). *Les niveaux du pensée*. París: PUF.
- MARTY, P. (1976). *Les mouvements individuelles de vie et mort*. París: Payot.
- MATTE-BLANCO, I. (1988). *Thinking, Feeling and Being*. London: Routledge.
- MELTZER, D. (1974). *Los estados sexuales de la mente*. Buenos Aires: Kargieam.
- MELTZER, D. (1979). *Exploración del Autismo*. Buenos Aires: Paidós.
- MELTZER, D. *La vida onírica*. Madrid: Tecnipublicaciones.
- MELTZER, D. (1990). *La aprehensión de la belleza*. Buenos Aires: Patia.
- OGDEN, T. (1999). *Reverie and interpretation*. London: Karnac.
- PONTALIS, J.B. (1977). *Entre le rêve et le douleur*. París: Gallimard.
- ROUSILLON, R. (1999). *Agonié, Clivage et symbolization*. París: PUF.
- ROUSILLON, R. (2001). *Le plaisir et la repetition*. París: Dunod.
- ROUSILLON, R. (2008). *Le jeu et le entre-jeu*. París: PUF.
- ROUSILLON, R. (2008). *Le transitionel, le sexual, la réflexivité*. París: Dunod.
- SHAFFER, R. (1982). *Aspects of internalitation*. New York: I.U.P.
- STOLLER, R. (1975). *La perversion, forme erotique de la haine*. París: Payot.
- STOLLER, R. (1984). *L'excitaton sexuelle*. París: Payot.
- WINNICOTT, D. W. (1958). *Escritos de pediatria y psicoanálisis*. Barcelona: Laia.
- WINNICOTT, D.W. (1975). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia.
- WINNICOTT, D.W. (1972). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.
- WINNICOTT, D.W. (1991). *Exploraciones psicoanalíticas I y II*. Buenos Aires: Paidós.

